

Ideal Revista

PUBLICACIÓN ARTÍSTICA SEMANAL

Año II | Vald:peñas 14 de febrero de 1927 | N.º 8

Administración: Empresa del Cine Ideal

CINE IDEAL

OCTAVA FUNCIÓN DE MODA
el Martes 15 de Febrero

a las DIEZ de la noche

PROGRAMA

Proyección de la película marca Gaumont, selección *Diamante azul*

Los Cómplices de los Hijos

interpretada por

Wallace Reid y el niño Pat. Moore

Ideal Revista

Esta publicación se reparte a domicilio gratuitamente.

Se suplica a las personas que deseen recibirla, que se sirvan notificarlo a la Empresa del CINE IDEAL.

No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Esta semana se dedicará en el Cine Ideal a la proyección de la serie en tres jornadas

Luis Candelas

EL BANDIDO de MADRID

comprendiendo la serie de sus aventuras completas, interpretación de

MANUEL SAN GERMAN

LLAMADO

EL VALENTINO ESPAÑOL

Primavera en Invierno

No ha de ser siempre Abril el preferido
de bellas, frescas y fragantes flores,
pues a veces nos brindan sus primores
en invierno tan gélido y temido.

No es del iris tan sólo el colorido
porque el sol al cristal dé resplandores,
pues la aurora también tiene colores
cuando el sol en Oriente aun no ha nacido.

No embelesa el brillar de los luceros
cuando está el bello azul limpio de nubes
en las cálidas noches estivales,
porque brillan los ojos hechiceros,
cual luceros en rostros de querubes,
en las noches de martes iuvernales.

EL MEDICO POETA



Revisado por la censura.

La garrota

—¿Y tus hermanos?—pregunté a mi amigo.

—¡Mis hermanos!

Contestó con un ademán tan patente de desagrado, que me dejó suspenso sin atreverme a ahondar en la pregunta, a pesar de la amistad estrecha y de la confianza ilimitada que mutuamente nos acercó en nuestros años estudiantiles. Notó mi indecisión, y repitió, matizando esta vez sus palabras con un amargo dejo, que corregía la brusquedad de la vez anterior.

—¡Mis hermanos!... Luis está en América; Enrique, en Santander; Ricardo... «ciudadano del mundo»—como él dice—, por el mundo anda... Ya te contaré...

Hacia seis años que no veía a mi amigo, y advertía yo que habían dejado en su persona señales palpables de vejez prematura; por el sombrero le asomaban las canas en las sienes, y su mirada era lenta y opaca. Paseamos por las calles, trayendo a colación antiguos recuerdos, y, al romper un intervalo de silencio, como si del uno al otro nuestro pensamiento se comunicara, exclamamos a un tiempo, en desviación repentina de la charla amigable:

—¡Me casé!

Reímos por la exacta coincidencia, y, de pronto, propuso:

—Mira; como un encuentro de estos quizá no se repita dentro de otros seis años, aprovechémoslo: no está la noche para andar azotando calles, y, si tu condición de marido fie', pues así te supongo, te lo consiente, un palco tengo para el baile de la Zarzuela; si quieres...

Lo atajé con exageradas muestras de escándalo, y añadí, después:

—Por mi parte..., tengo mi costilla a más de cincuenta leguas de aquí; pero tú..., tu señora...

—¡Bah!—. Y alzó los hombros desdeñosamente.



Ya en el palco, me dijo:

—Pensarás cómo vengo a estos lugares de perdición.

—No; recuerdo muy bien tus aficiones, y, si es verdad que genio y figura..

—No es por ahí—replicó—. Aquello fué «verdura de las eras», que dijo el poeta.

—Entonces..

—No se lo digas a nadie—bajó la voz, cómicamente, como para exponerme un secreto—. Es que me he hecho pensador, filósofo.

—Muy bien, muy bien—aplaudí—. ¿Y cuál es tu escuela?

—La de los estoicos, me parece. Y los lugares de estudio más fre-

cuentados, estos: los bailes, los hospitales y los cementerios. Como ves, conservo mis rarezas. Sin tu feliz hallazgo, aquí me hubieras tenido esta noche, estudiando, observando... y aburriéndome.

—Y esos estudios—inquerí, sin abandonar mi tono burlón—, ¿en dónde los conservas?

—Cuando hay algo notable que conservar, aquí, en uno de estos cuadernos de sentencias: todo lo condenso en una frase, o en una estrofa, según de donde viene el aire, pues ya sabes que es la inspiración una veleta.

Tomé el cuaderno, y observé:

—Esto son greguerías.

—Y armas al hombro: cosas sin importancia.

Llamaron mi atención cuatro versos que resaltaban en medio de una página, y leí:

«Entré en un baile, y ví... lo que me callo;
sólo diré que, siempre que me acuerdo,
me asalta amarga duda: acaso el hombre
no descienda del mono, y sí del cerdo».

Comentamos esta y otras estrofas, o sentencias de su libro de apuntes, separadas casi siempre su opinión y la mía por hondas discrepancias. Volvimos luego a las preguntas sobre el curso de aquellos seis años de total ausencia; y me refirió, aislados casi de la fiesta, que por momentos se iba animando, todo lo que en la calle había guardado en el silencio o envuelto en una insinuante raticencia.



—Hay cosas que, para contarse, necesitan un ambiente de soledad—me dijo—, si quiera sea una soledad artificial como la que he buscado.

Y la mirada lenta y opaca de mi amigo, vagó un instante por la brillante sala, en donde giraba locamente la humana rueda de la danza.

—Me preguntaste por mis hermanos, y de algunos sé lo mismo que tú; de los que sé algo, mejor sería que no supiera nada... La muerte de mi padre fué en mi casa una bomba; apenas hay metáfora en la frase, pues originó su completo derrumbamiento, la explosión rompió casi todos los lazos familiares. De aquella piña fraternal de cuando él vivía, nada busques hoy: yo he sido el único piñón que ha tenido la suerte de arraigar en el solar paterno.

Quiso hacer chiste de esta última frase, y no logró sino subrayar su relato con una alegría falsa.

—Mi padre era muy viejo; más de ochenta años... Y estaba paralítico: muerta del todo la mitad izquierda de su cuerpo. A pesar de eso, andaba por la casa, arrastrando el pié inválido, torciendo el

tronco y apoyándose en una garrota que guardo con el cariño y el respeto que si conservara la propia momia de mi padre... ¡Mira, fíjate en esos!

Mi amigo, en brusca transición, señalaba a un gárrulo grupo de hombres y mujeres, que giraban en torno a una máscara medio desnuda.

—Es la gracia de todos los días; casi todos los días desnudan a alguna que viene cubriendo su escasa ropa ciñéndose el talle con mantón de Manila.

La máscara procuraba recobrar su prenda, y tiraba con fuerza sin poder arrancarla a los que, cogidos de los flecos, gritaban y reían, arrastrándola en su torballino. De repente, cedió el pañuelo por un punto y se rasgó, casi partiéndose; el grupo añadió locura a su locura, giró con más vertiginoso movimiento, y pronto fué cinco o seis jirones el mantón de Manila.

Mi amigo exclamó, como quien da con un hallazgo:

—¿Lo ves? ¿No te decía yo que hay en estos lugares motivos de estudio? Cuando menos piensas, encuentras materia de meditación. Lo que antes te dije de la bomba y de la piña, dálo por olvidado...

Y, sacando su libro de apuntes, con la pluma estilográfica trazó unas líneas. Yo lo miraba, atónito, con leve sospecha de que las rarezas antiguas fueran ahora franca perturbación mental. Adivinó mi pensamiento:

—Estás pensando que estoy loco—dijo—. En el grado en que siempre lo estuve; más, no.

Y siguió, sin hacer caso de mis protestas:

—Mi padre, como te iba diciendo, era una pavesa; se quedó con la piel y los huesos. Tenía el labio caído y apenas podía hablar. Era una sombra; pero una sombra protectora que sobre todos nosotros se extendía dándonos su calor. Su calor; tu, que no tienes padre, puedes comprender esto. Tenía un sillón en que pasaba muchas horas; de cuando en cuando lo levantábamos, y, con grandes dificultades, en la forma que he dicho, paseaba por la casa llenándola con algo que después faltó. Su presencia a todos contenía, ya que mi autoridad de hermano mayor tropezaba con rebeliones frecuentes... Un día, tuvimos los hermanos una grave cuestión: codicias que se iban despertando y que se manifestaron, sin sordina como otras veces, en el calor de la disputa—La oyó mi padre, y arrastrándose vino, apoyándose como pudo en la garrota, hasta el sitio en que estábamos. Nada pudo decir, y jamás he comprendido como entonces la elocuencia de un silencio: nada pudo decir; pero enterado, sin duda, de la causa de nuestras voces, había en sus ojos tal tristeza, que a todos nos dejó apenados y arrepentidos; quiso pronunciar algo, mas, al verse impotente, levantó su mano temblorosa y se le cayeron dos lágrimas enormes, Yo podría escribir en muchas páginas lo que él expresó en aquellos segundos...

Noté que la voz de mi amigo se quebraba con la emoción del recuerdo. Traté de consolarlo con alguna frase de esas que se escuchan en actos mortuorios:

—Los padres no debían morir nunca—creo que fué la elegida.

Mi amigo intentó reponerse:

—Cualquiera que contigo me vea en este antro de perversión, supondrá que estamos corriendo el gran juergazo. Perdona la lata, pero has tenido la desgracia de encontrarme.

Protesté de tal apreciación, y hablé de nuevo.

—No creas; muchos de los que ahí se divierten están igual que yo; pero yo soy sincero conmigo, y esos engañan su dolor, como otros engañan a su estómago: falsos engaños...

A mis instancias, prosigió informándome de su familia.

—Murió mi padre... Yo asistí al entierro casi sin enterarme; pero luego ví el sillón vacío y la garrota, como desmayada sobre uno de los brazos. La sombra protectora de mi padre no llenaba la casa, y me invadió una angustia, una sensación de vacío... Sentí frío también, hasta tal punto que mandé encender la chimenea, con gran asombro de los criados... Y después, la partición de la herencia... eso que has visto: un pañuelo de Manila convertido en jirones. La codicia, lo ambición, rencores contenidos... toda esa tropa se reunió con nosotros para ayudarnos a tirar de los flecos, y, tras un laborioso forcejeo, vimos en nuestras manos—como esos—un florido guiñapo: antes de romperse, a todos nos pudo cobijar; después de roto, apenas tenemos cada uno con que tapar nuestras vergüenzas... La dispersión vino al momento: a mi hermano Luis le empujó la aventura, y se fué a América; Enrique se largó a Santander, tras un fantástico negocio; Ricardo ya te he dicho: a ese le empujó la estupidez y, con a guello de ser «ciudadino del mundo», por el mundo anda... No sé de él: hace ya mucho tiempo; de los otros, muy de tarde en tarde...

—Entonces, en Madrid—pregunté—, ¿sólo has quedado tú?

—Sólo yo... y la garrota de mi padre. Ya te he dicho antes que la conservo como si fuera una joya, y joya es para mí. Durante veinte años la he visto sirviendo de sostén a mi padre: era el puntal de una vida que se derrumbaba. Con el uso, yo creo que una extraña corriente de vida iba pasando, poco a poco, a la madera inanimada. Cada vez que la tomo, adquiere mi mano un raro temblor que me recuerda la mano temblona de mi padre paralítico; no sé si, en realidad, lleva la garrota el movimiento que un pulso anciano le fué comunicado lentamente por tan largo espacio, o soy yo el que sufro la alteración del pulso por un recuerdo que me entenece... Tan inseparables fueron mi padre y su garrota, que, cuando volví del entierro y la ví caída sobre un brazo del sillón, me vino a la mente el pensamiento absurdo de que estaba llorando...

—Lo que sí te aseguro —prosigió— es que, entre mis hermanos, hubo poca discusión cuando se trató de adjudicar objeto tan precioso. Fuera de toda partición y de todo inventario, acordamos elegir algo que sirviera a cada cual de recuerdo perenne e íntimo de nuestro padre. Yo me adelanté a todos, y elegí la garrota, dispuesto en caso de oposición, que yo creí segura, a defender mis derechos, por la primacía de edad. Pronto ví que no era necesario, y te juro que fué un momento doloroso: todos se lanzaron sobre cosas de valor, aunque mi padre apenas las usara... No pude pasar en silencio mi justa indignación, y les eché en cara que atendieran a la codicia antes que a los afectos entrañables: «Todos debísteis arrebatarme la garrota—les dije—, que es como la parte viva que ha quedado de nuestro padre, que ha adquirido el color de su piel y que por tanto tiempo le sirvió de báculo». Y les repetí además, dolorido, poco más o menos, lo que te he dicho a tí. Entonces, mi hermano menor me dió esta breve y cínica respuesta: «Está bien; quédate con *eso*, que tantas cosas te recuerda; yo he elegido este solitario, porque a mí su brillante me recuerda una lágrima»...

Tenía yo junto a mí la garrota, y si no lo castigué con ella, fué por considerar que era una prolongación de la mano de mi padre, y la mano de mi padre fué siempre suave, y hasta para castigar acariciaba...

ANTONIO M-PEÑASCO

Prevenirse contra la Tos

HIDROCALCINA (balsámica creosotada)

La Hidrocalcina previene y cura toda clase de catarros por antiguos y rebeldes que sean, evitando sus graves complicaciones.

La Hidrocalcina por su gran poder *balsámico, antiséptico, pulmonar, tónico y recalcificante* modifica prontamente la mucosa respiratoria alterada, reintegrándola a su estado fisiológico y recalcificando y dando fuerza al organismo, hace desaparecer la propensión a los catarros.

La Hidrocalcina cura radicalmente toda clase de tos, bronquitis, gripe (localización torácica) y bacilosis.

De venta en farmacias y centros de específicos.

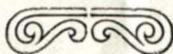
ANUNCIOS

Se vende o alquila una hermosa bolega de tres naves, de construcción inmejorable, con amplio y ventilado granero, que ocupa la planta alta de dicho edificio. Además tiene corral y abundante pozo. Está muy próxima a la Estación y a la carretera general. Pasen a verla y se convencerán de la veracidad de nuestros datos. Para tratar del asunto diríjense a doña Aurelia Mialaret, San Antonio, 2, Almuradiel.

También alquila dicha señora cuatro viviendas, dos en planta alta y dos en baja. Todas muy soleadas, con cinco amplias habitaciones cada una. Mucha ventilación, luz, techos altos y cuantos detalles requiere la higiene. Para desahogo y distracción de sus inquilinos hay un espléndido jardín. Tengan presente los lectores que este pueblo, por su situación estratégica, es un segundo Guadarrama, para personas delicadas del pecho y un reconocido Sanatorio para las enfermedades en general.

Está a 860 metros sobre el nivel del mar, y según prescripción facultativa, tanto por su elevación como por sus aguas ferruginosas, es *más* sano que Ventas de Cárdenas y Correderas, que fuera de sus encantos montañosos, es sabido, tiene temporadas de infección palúdica. En Almuradiel, en todo tiempo, sus visitantes respiran la pureza de sus aires muy cargados de oxígeno y sin la más leve capa de humedad. Informarse y verán que quedamos cortos en cuantos detalles insertamos en estos renglones.

Doña Aurelia Mialaret también vende dos solares de 1.501'50 metros y 234'90 metros. El primero linda con la calle del Pozo y de la Estación y el segundo con estas últimas. No vacilen, en ver por sí mismos, sus viviendas y si les conviene mejor edificar pueden elegir lo que más le agrade.





CARMEN VIANCE

La gentilísima actriz cinematográfica, honra hoy las páginas de esta REVISTA con el hechizo de su rostro y la amenidad de su charla.

La labor de tan maravillosa artista, es bastante conocida para nuestros lectores. Poco tenemos que decir de ella, ya que la galana pluma de nuestro redactor Gustavo del Barco, autorizado por las propias confidencias de la señorita Viance, lo hace con la mayor elocuencia y acierto.

Réstanos dar las gracias a tan cortés y bondadosa atriz, por las deferencias guardadas
a IDEAL REVISTA

La película española

(Conclusión)

He venido observando en esta sección la serie de deficiencias de que adolece nuestra producción cinematográfica, todas ellas graves aunque corregibles.

Contrariamente, he visto en ellas un solo detalle de importantísimo valor que, quizá desapercibido para la mayoría, señala un camino a seguir, si no en todas las producciones, en algunas que podrían considerarse típicas nacionales.

España, es una nación sentimental y sabe, quizá como ninguna, producir el sentimiento tanto como experimentarlo.

Por esto, en *Currito de la Cruz* he visto lo que en ninguna otra película nacional ni extranjera: llorar a los espectadores.

¿No supone ésto un triunfo considerable? A la altura que nos encontramos de la cinematografía ese intenso sentimiento que produce las lágrimas, no han sabido producirlo como en la novela y en el teatro. En *Currito de la Cruz*, se consigue esto con facilidad maravillosa, no precisamente en una escena trágica y violenta, sino en una sencilla e incluso optimista. Sólo basta para ello que *Currito*, noble y generoso, víctima de todas las ingratitudes, pueda decir en una feliz ocasión —¡Tengo un querer!—

Examinen esto autores, actores y directores y procuren volver a conseguirlo con tanta naturalidad.

Nada queda si no esperar tiempos mejores que afortunadamente vendrán pronto.

Carmen Viance, nos habla en este mismo número de su probable huida a Francia. Esto, sería altamente fatal para nuestra cinematografía. Si los pocos valores que tenemos siguen este mismo camino, no hay redención posible.

Un deber de patriotismo, debe mantenerlos en España, mejor o peor retribuidos. Piensen estos elementos, que de ellos puede depender, no sólo un glorioso galón para España, sino un elemento importante del bienestar patrio, con la creación de una importante industria que puede suponer muchos millones.

Actores, directores, capitalistas, públicos y empresas: Protejamos a la película española a pesar de sus defectos y cumpliremos con una sagrada obligación.

GARCILASO DE LA VEGUILLA.

Nuestras interviús

CARMEN VIANCE

En el gabinete coquetonamente alhajado, aguardamos breves instantes. Invertimos la espera en examinar algunos retratos de la bella actriz, repartidos por la estancia. Contemplando uno casi de tamaño natural estamos cuando aparece ella. Bellísima, sonriente, nos tiende su mano delgada y suave, invitándonos luego con un ademán a sentarnos a su lado. Y, comenzado el interrogatorio, mientras Carmiña habla, mientras la maga nos acaricia con la dulzura de su voz llena de cadencias melodiosas, nosotros la contemplamos admirados.

Estamos un poco confusos. Esos *semidioses* que andan por el mundo, tienen la culpa. Nos han hecho a la idea del orgullo, de la fatuidad y de la «posse». Nos han habituado al gesto displicente, a la sonrisa forzada, a la frase llena de suficiencia... Por eso, escuchando a quien tiene motivos para sentirse orgullosa, y viéndola muy por el contrario, afable, cortés, simpatiquísima, nos admiramos. Y quedamos desde el primer momento prendados en el hechizo de su voz musical, en el brillo de sus ojazos negros llenos de bondad y en la sonrisa complaciente de su boca roja, estuche de una doble fila de perlas blanquísimas e iguales.

—Mi carrera artística —, nos dice la angelical Carmiña de «La Casa la Troya» --no ha podido ser más fácil. Ni un obstáculo en toda ella... Yo era mecanógrafa en un departamento de la Deuda. Allí había unos muchachos muy aficionados a la cinematografía, y charlábamos con frecuencia de este arte que era y es mi ilusión toda. En una ocasión se me invitó a pasar por cierto «estudio». Fuí. Y aunque la «prueba» resultó bien, no me volvieron a hablar del asunto. Pasó algún tiempo... Y cuando menos lo esperaba, me trajeron el aviso urgente de que me pasara por el estudio. Entonces me dieron el papel de Matilde en «Mancha que limpia».

—¿Ganó V. mucho con aquel trabajo?

—¡Oh, nada...! Mil pesetas.

—Luego...?

—Luego se me habló de una contrata *formal*. Yo dudé entre la seguridad de mi oficina y lo problemático de mi arte. Opté por este último y me encomendaron el papel de Carmiña en la obra de Pérez Lugín.—Hace una pausa breve y añade:—Desde entonces se formalizó mi carrera artística. Realmente, fué entonces cuando empecé a cobrar *de verdad*...; todo lo *de verdad* que en España se puede cobrar por una película.

—¿Quedó V. satisfecha de su labor en ese film?—la interrogamos.

Duda Carmen antes de contestar. Al fin:

—¡Pehs. ! Entonces, sí. Ahora... ¡qué diferencia! Además, el *guión* que se hizo de aquella película, fué un error.

—Desde luego—asentimos—. Echaron a perder la obra en la adaptación que se hizo, la hiciera quien fuese.

—El mismo Pérez Lugín. Uaa pena. Claro que a aquel señor no estaba muy ducho en tales asuntos. Y precisamente lo que se requiere es eso: un buen director. Allí no le tuvimos. Ese es el defecto mayor de la película española. La falta de director artístico y lo defectuoso de la fotografía son los inconvenientes más grandes que tienen nuestros *films*. Además tenemos unos empresarios muy tacaños.

No tienen ellos poca parte de culpa en la cuestión ésta. Algunos, con tal de no *sacrificar* demasiadas pesetas encargan papeles principales a quien jamás ha trabajado y, por tanto, se conforma con poco. A tal punto que hubo empresa que no aceptaba para sus producciones individuos que hubieran trabajado ya.

Hace una pausa la deliciosa actriz. Nos mira con picardía, sonrío y continúa:

No dirá que no soy franca... Claro que estos inconvenientes se van subsanando. Antonio Calvache, en «La chiea del gato» ha dado un gran avance. Nadie que vea la adaptación de la comedia de Arniches, puede poner reparo alguno a su fotografía maravillosa. Esto es lo que ocurre en «Varieté». ¿V. la ha visto, verdad? ¿Se ha fijado qué técnica, qué efectos de luz..? Más interesante que la labor formidable de sus protagonistas, ¿no?

Callamos unos instantes evocando la estupenda producción. Silencio absoluto en el gabinete confortable y reducido. De fuera, de la calle, muy apagados, como muy lejanos, llegan a nosotros los mil ruidos de la tarde dominguera. La bella artista, junto a nosotros, iluminado su rostro ingenuo por la luz que entra a raudales por el balcón, sonrío levemente.

—¿Y V. cree en el encubramiento de nuestra cinematografía?

—Indudablemente—responde rápida—. No ha de pasar mucho tiempo para que lleguemos al dominio de este arte.

—¿Qué actores españoles prefiere V., Carmen?

—La verdad... Manuel San Germán. De ellas, la Romerito.

—¿Y extranjeros?

—Muchos: Gloria Swanson, Norma Talmadge... Meighan, Menjú, Frederick...

¿Y Rodolfo Valentino?—la preguntamos.

Hace un cómico gesto de horror y exclama:

—¡Oh, no me hable V...! ¡Cuánta niña tonta y cuánta desequilibrada...! A mí, Valentino como actor, sí, me gusta en «El hijo del caid» y en «Monsieur Beaucaire». Pero muchos, muchos, me gustan más.

—¿Cual es su afición predilecta?—

Se ilumina el rostro bellissimo de la bellissima actriz.

Y, suavemente, casi con unción:

—El «cine».

—¿Y luego..?

—El «cine», otra vez. Después el teatro, los libros...

—¿Cuántas obras lleva filmadas?

—Ocho; «Mancha que limpia», «La Troya», «El lazarillo de Tormes», «Gigantes y cabezudos», «La hija del corregidor» y otras dos que no conocen aún en Madrid, pues se estrenaron en Barcelona y Valencia: «Tierra valenciana» y «La loca de la casa». Ahora estamos haciendo un argumento de Fernando Delgado: «Las de Méndez».

—¿En qué producción se gusta más, Carmen?

—Indiscutiblemente, —nos responde— en «Gigantes». Luego, tal vez, en «Tierra valenciana». Y lo mejor mío creo que es lo que ahora hacemos.

—Claro, siempre gusta más lo último que se hace...

—No, no es eso. Es que creo que es aquí precisamente donde mi trabajo se completa más.

—¿Qué impresión le causó verse por primera vez en la pantalla? Ríe Carmiña.

—¡Oh, no sé.! Una cosa muy rara. Una emoción indefinible. Sobre todo al verme mover los ojos y la boca...

Hacemos una breve pausa.

—¿Cuántas películas hace V. al año?

—Dos o tres. Es la cuenta exacta. Ya vé V. llevo trabajando dos años y pico y he filmado ocho obras.

—A pesar de lo que nos ha dicho de las empresas. V. cobrará ya bastante...?

—¡Bastante, bastante...! —Hace un mohín delicioso de niña disgustada y agrega: — Cinco o seis mil pesetas por film. Se paga poco, muy poco. Y eso que ya se vá arreglando bastante esta cuestión.

—Oiga, señorita Viance: qué hay de cierto en unos rumores que corren por ahí?: Dicen que marcha V. a Francia.

—Sí, algo hay de eso. Por ahora, nada de cierto. Pero parece que una empresa española se ha fusionado con cierta casa francesa y quieren llevarme. Ya veremos...

—¿Qué ilusión acaricia V. para el porvenir?

El rostro de Carmiña se transfigura. Unos momentos queda indecisa.. Vá a hablar algo muy interesante... Pero...

—Trabajar; —dice al fin— trabajar mucho y llegar a la mayor perfección posible. Luego ser espectadora como antes... y como ahora.

Carmen ha quedado pensativa. Sus ojos de gitana se han clavado en sus manos pulidas que tectean sobre la mesa. Y su boca como

un clavel, se contrae lentamente en una sonrisa casi imperceptible. Es el suyo un gesto tan sereno, tan añorado, y está tan bella, tan interesante, que respetamos su silencio... Al fin:

—¿En qué piensa, Carmiña?

—¿Eh? - se queda mirándonos francamente—¡Oh, en nada...! Anda, hombre, pregúnteme cosas...!

—¿No me dice V. en lo que piensa...? Se lo diré yo. - Y ante la cara curiosa de la sublime artista, decimos muy serios:— En su novio.

—¿En mi...? -Suelta a reir, y luego...:—! Pero si yo no tengo novio...!

—¿Qué V. no...? ¡Vamos, por Dios...!

—De verdad. Palabra de honor,— añade al ver nuestro gesto de incredulidad.

Carmiña, lector, se pone seria. Es verdad, no miente.

Carmen Viance, la deliciosa artista madrileña, el legítimo orgullo de nuestra cinematografía, con sus veintidós años, con su belleza imponderable, no tiene novio.

Admiradores, muchos. Nos enseña cartas y más cartas, fechadas en todos los lugares de España. Muchas vienen del extranjero... Pero Carmiña no es novia.

Y a nuestro estupor dice, sencillamente, acariciándonos con su voz clara y con la mirada dulce de sus ojos inmensos:

—¿Qué quiere V.. ? Yo soy así...

—Así es ella, amigo lector. Guapa, guapísima... Modesta, simpática, buena...



Eres un angel, Carmiña, Carmen bonita. Un angel con los ojos muy negros y muy grandes y con los labios muy rojos, como una tentación. Un angel encarnado en la soberbia estatua pagana de tu cuerpo maravilloso.

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZAS

Madrid -Febrero-927.

ACLARACIÓN

La composición poética titulada «Don Jesús Baeza», de que es autor nuestro ilustre colaborador don Francisco de Iracheta, se publicó por error de imprenta, con un verso menos, que es el siguiente: «a par que de su frente». Por lo tanto debió aparecer:

.....
«hasta que vió surgir el chorro claro
a par que de su frente,
convertida en brillante canalillo,»
.....

La Tintorería Madrileña

y Quinta Manchas de Manzanares

ofrece a su distinguida clientela su nueva sucursal CALLE CASTELLANOS, 1, donde encontrarán colores de moda y limpieza a seco, sin desforrar las prendas; precios económicos.

Miguel Patón - Valdepeñas

CATALAN

Optometrista

Gabinete de Optica

Graduación científica de la vista y consulta gratis

PÍ Y MARGALL, 6, VALDEPEÑAS

Guía Automovilista Galán

de las Carreteras de España y Portugal

Se admiten anuncios en la editorial Hurtado de Mendoza.

PINTOR MENDOZA, 12 ——— **Precios económicos**

Muebles de Lujo y Económicos

Artículos de fantasía para regalos

Servicio de mesa en Cristal fino

Vajillas de Loza

Emilio González Pérez

—————7, Pí y Margall, 7—————

Cromos :: Molduras :: Lunas :: Aparatos para Electricidad

CATALAN

Joyería, Relojería y Platería

INMENSO SURTIDO

Pí y Margall, 6, Valdepeñas

NOTICIAS

Se encuentran enfermas desde hace algunos días las distinguidas señoritas Luisita y Agueda Rodero.

Hacemos votos por su pronta mejoría.

—Jugando con sus compañeros de Colegio, tuvo la desgracia de caer, fracturándose un brazo el simpatiquísimo niño Juan Ramoncito Necedal y López-Tello.

Sentimos tal percance y deseamos muy de veras su restablecimiento.

—Se encuentra restablecido de la enfermedad que le retuvo en cama unos días nuestro buen amigo D. Tomás López-Tello.

—Se encuentra enferma doña Dolores Cornejo, esposa de nuestro particular amigo D. Lucio Merlo. Deseamos su alivio.

—Padece un ataque gripal el culto notario D. José González Román, cuyo pronto restablecimiento deseamos.

—Doña Juana Camacho, viuda de Peñasco, se encuentra enferma, víctima de la epidemia reinante. Deseamos su rápida y completa mejoría.

—El lunes 7 de Febrero, dió aluz doña Enriqueta Benítez, distinguida esposa de D. Paulino Gallego y sobrina del párroco del Convento D. Vicente Benítez, un hermoso niño al que pusieron el nombre de Paulinito. Los enviamos nuestra cordial felicitación.

—Séptimo Martes de Moda. Asistieron las distinguidas y bellas señoritas Pepita Pedregal, Julia López, Maruja Sierra, Ascensión y Anuncia Castell, María Ballenato, Carmela Rubio, Cayetana y Dolores Martín, Dolores Pedrero, María Antonia Peñasco, Milagritos Rodríguez, Emilita de los Reyes, Consuelo, Alfonsa y Lolita García Rojo, Isabel y Carmen Delgado, Pepita Camacho, Luisa Mediero, Pepita Gascón y Amparo del Barco,

Vimos también a las señoras de Martínez Pardo, Ballenato, Aznarez, Morales, Mediero, Carrasco, Delgado, García-Rojo, Rubio, Rodríguez, Salmerón, Alarcón; Calabria, Martín y de Lemos.

—En Manzanares ha fallecido la distinguida señora doña Juana Pérez, esposa de nuestro estimado amigo D. Manuel Rodríguez.

A toda su familia enviamos nuestro más sentido pésame, y muy en particular a sus hermanos don Octavio y doña Pilar.

—El martes 8 del corriente, falleció en ésta, víctima de penosa enfermedad, el distinguido señor don Gonzalo López Córdova.

Dadas las muchas simpatías que tanto el finado como la familia López-Córdova han disfrutado siempre, el sepelio constituyó una sentida manifestación de duelo.

Unimos nuestro sentimiento al que por estos momentos pasa tan respetable familia.

Farmacia Moderna DE A. NOCEDAL

Escrupulosidad y esmero en el despacho y confección de recetas.

Dosificación exacta.

Agua oxigenada NOCEDAL.

Específicos Extranjeros y del País.

Vendas, Gasas, Algodones, Bragueros, etc.

Seis de Junio, 20

Teléfono 105

Simbolo de Elegancia

es solamente usar los productos de la casa

IDEAL BOUQUET

Perfumería y Novedades

Real, 4

PLUS ULTRA SASTRERIA

TIENDA instalada en la calle Pi y Margall, 11
donde encontrarán gusto, elegancia y economía en precios
igual en géneros que por medio de muestrarios pueden elegir.

NOTA DE PRECIOS

Hechura de traje 25 y 30 pesetas, con forros 45. 50 y 55 ptas.
» de abrigo 25 y 30 » id. . id. 40 y 60 »

En espera de sus gratos encargos queda su afectísimo

JOSE MOYA

LINOLEUM NACIONAL
PISOS ELEGANTES PARA LA CASA MODERNA
Hijo de Francisco Alarcón—Castellanos, 6
(Esterería) Valdepeñas



COLEGIO
Institución Moderna

BACHILLERATO

Escuela graduada, con sección de Párvulos
Carreeras especiales

Único Colegio, en Valdepeñas,
incorporado oficialmente
al Instituto de Ciudad Real